



Los novios

Mauricio Uribarri*

—Te vas a morir mañana, vieja.

—¿A poco sí, viejo?

—Lo veo en el cielo.

—No me he fijado en todo el día, viejo. No le he quitado la mirada de encima al arroyo. Es que me gusta ver a esos turistas jugando.

—Pues alza los ojos y te darás cuenta.

—Ahora puedo verlo. Mañana ya no estaré aquí en el mundo de los vivos.

Refugio y Jovita estaban sentados en los escalones al pie de la puerta de su casa, observando el puente y el arroyo que se veía al fondo. En un punto de la fachada que los rodeaba había una inscripción de madera que daba la bienvenida al pueblo José Refugio. Los coches pasaban frente a ellos.

—¿Estás cómodo así como estás sentado?

—Sí, vieja, pero no tardo en cansarme y tendré que descruzar las piernas. Cuando pase eso a lo mejor entre a la casa por mi cojín.

—Así siempre le haces. Cuando te levantes te voy a pedir que me traigas mi abanico porque me voy a acalorar.

—Siempre has sufrido de esos calores, desde que estábamos muchachos. Por eso te gustaba más el frío. Siempre te estabas quejando del bochorno que sentías y de que tu piel sudaba. Pedías que el tiempo pasara para que cambiaran las estaciones. Sin embargo, cuando por fin llegaba el frío a mí me hacía daño, y tú te enojabas y te ponías a decirle de leperadas. Yo te decía que tú así lo habías querido, que no te quejaras. Después solo nos abrazábamos sin repelar. Y el frío aprovechaba ese silencio para endurecernos los labios para que no nos pudiéramos dar de besos a gusto. Aunque eso no nos detenía.

—Así fue nuestro primer beso, ¿te acuerdas? Veníamos de la comilona que le hicieron a tu hermana en casa de

* Egresado de la Licenciatura en Derecho,
Universidad Anáhuac Xalapa.

tus tíos. Podíamos habernos regresado con tus padres, pero quisimos caminar por el pueblo. Nos agarró el frío. Llegamos a tu puerta con una tembladera que solo se calmaba cuando nos abrazábamos. Ahí afuera, entre caricia y caricia fue donde me plantaste el picotazo. Tuviste que empezar tú ya que a mí me daba vergüenza, porque tenía los labios muy áridos, pero tras un rato de rozarlos con los tuyos se fueron humedeciendo. Y así seguimos hasta que oscureció y tu padre salió por ti.

—Eso fue apenas una semana después de habernos conocido formalmente. Antes solo nos habíamos echado miradas desde lejos. ¿Qué pensabas de mí, vieja?

—Me caías gordo, viejo— contestó Jovita—. Creía que te las dabas de ser alguien muy importante solo por ser el nieto del hombre que fundó este pueblo. Me enrabietaba cuando venía al arroyo y te veía aquí sentado junto a la placa que lleva tu mismo nombre. Por eso no dejé que le pusieras Refugio a tu hijo. Quería romper esa línea tan siquiera de esa forma.

—Yo nunca me he sentido tan enraizada a este pueblo como tú. A ti te lo entiendo, siendo quien eres. La sangre de tu abuelo, que es la tuya, corre por las grietas de esta tierra. La mía viene de más lejos, de gente que no podía estarse quieta y se movía para todos lados sin saber a dónde iban a caer. Por eso siempre he sentido que me regurgita en los brazos y en las piernas, porque no quiere que me quede quieta, quiere echarme a andar. Ese era mi sueño, salir de aquí, te lo conté la primera vez que nos vimos. Te dije que quería estudiar un arte en una de esas grandes ciudades que solo podemos ver en la televisión que tenemos en la sala. Me gustaría haber pintado un dibujo grandote en una de las paredes de una ciudad, como esos famosos que pintó ese fulano llamado Diego Rivera, o tal vez haber bailado en un teatro. Quería caminar y voltear hacia arriba y ver esas construcciones gigantes y sentirme chiquita. Sin embargo, aquí acabamos haciendo nuestra vida, aquí nacimos, aquí crecimos y aquí moriremos. Hubiera sido bueno conocer las nuevas cosas que se están haciendo allá en estos momentos, pero ya no importa. Ahora siento que conocí esos lugares a través de nuestros hijos. Ya no necesito nada más. Estoy feliz entre esta quietud.”

—Menos mal, vieja— dijo Refugio—. Qué bueno que te vas de este mundo siendo feliz. Además, aquí se está muy bien. Aquí podemos ver el sol en el día y las estrellas por la noche, allá en la gran ciudad tienen una mancha gris arriba de

—Me caías gordo, viejo— contestó Jovita—. Creía que te las dabas de ser alguien muy importante solo por ser el nieto del hombre que fundó este pueblo.

sus cabezas, que les tapa la vista y no les deja saber si es la mañana o la tarde. No pueden jalar aire bueno. También andan siempre a las prisas y como todos tienen que llegar a algún lugar, se hace un atascadero de gente y no se pueden ni mover. Yo he visto las fotos que nos manda Agustín y parece un plasta de hombres y mujeres. Estamos mejor aquí, vieja. Ya te lo dijeron los hijos. Acá se vive mejor.

—Tampoco creas que yo no tenía mis sueños. Yo también quería que mi vida fuera más brillante, más significativa. No te creas que fuiste la única. Es verdad que mi nombre es el mismo que el del pueblo, en eso estás en lo cierto. Pero el pueblo es José Refugio, como lo fue mi abuelo. Yo solo soy Refugio y ya ese nombre por si solo me queda muy grande. Nunca llegué a estar a la altura de José Refugio, ni de Juan Refugio, mi padre. Ellos fueron grandes hombres para este pueblo. Mi abuelo lo fundó y lo puso en el camino para florecer y, mi padre le dio esperanza. Y ahora míralo, solo está aquí, como una piedra en el camino. Nadie se acuerda de él, ni siquiera está en los mapas. Ni siquiera los hijos se acuerdan de él. Ha habido veces que por el teléfono me han llegado preguntar: “¿Hay iglesia en José Refugio? Es que ya no me acuerdo”. Poco a poco nos vamos borrando, como si fuéramos una costra, y yo no puedo hacer nada. La gente solo pasa por aquí, pero no se detienen. La única esperanza es ese mentado arroyo que qué bonito está, me cae.

Hasta su puerta les llegaba el sonido de las risas de los niños extranjeros que, jugaban metiendo sus pies en el río mientras los padres platicaban sentados, así como los dos viejos. Por esas fechas llovía mucho y el río estaba crecido. Golpeaba con fuerza las piedras negras y lavaba las orillas formando cuerpos de espuma. Los turistas se perdían de la vista de los viejos cada que pasaba un camión delante de su casa. Algunos de esos iban encarrerados y hacían que las ventanas vibraran.

—Antes solo se veía gente que caminaba, o a caballo. También unos iban en burro— dijo Refugio—. Luego llegó la bicicleta que es lo que más me gusta a mí, porque así puedo repartir el pan de buena manera. Pero estas cosas no las soporto, hacen mucho ruido y avientan un humo muy negro. Ni siquiera dejan a uno ver el río a gusto. La pura gente no hace mucho bulto cuando pasa a pie, pero estas máquinas sí.

Los niños se correteaban saltando de piedra en piedra, gritándose en un idioma que para Refugio y Jovita no tenía

forma. Sus cabellos rubios brillaban con el sol y su piel se enrojecía.

—¿Qué se estarán diciendo?— preguntó Jovita.

—Sabrá Dios— dijo Refugio.

Cuando miró el arroyo me gusta imaginar que yo soy la turista que visita este lugar, durante un largo viaje por el país, y que este arroyo está en donde nunca he estado.

—¿A ti no te molesta que sólo estemos de paso?

Jovita no dijo nada.

Refugio regresó después de unos minutos, con su cojín y el abanico. En la otra mano traía una mandarina y se la dio a Jovita. Se sentó a su lado.

Ya se empezaron a colorear las mandarinas. Todavía quedan algunas que siguen verdes, pero deberías de ver qué bonito se ve el árbol, lleno de bolitas anaranjadas. Ya está todo inclinado por el peso de las mandarinas. Vete a asomar y si quieres bajamos más. Ya hay que comenzar a quitárselas, para poder cortar bien la correhuela que está ahorcando sus ramas.

—Sí, viejo, al rato me asomo. Gracias por traerme mi abanico como todos los días.

Jovita se estaba echando aire con la mano izquierda, en lo que pelaba la mandarina con la otra. Refugio miraba lo que hacía. Hubo momentos en que quiso arrebatársela y pelarla él, pero Jovita siempre lo acababa haciendo por su cuenta.

—Por ti fue que empecé a amar estas fechas— dijo Jovita—. Hace muy buen clima. Podemos ver el sol, pero no se siente la quemazón del verano, ni el frío helado del invierno. De repente se cuelan las nubes, pero no nos llueve.

—A Candelaria también les gustan, no como a sus hermanos que siempre querían sentir el calorcito para poder salir a mojarse. Era ella junto contigo que hacían los planes para decorar el altar y para ir a comprar las cosas al mercado para la ofrenda. A tus hijos no les importaba. El más chico decía que cuando se muriera no iba andar regresando solo para tomar chocolate y comer pan. Yo antes pensaba como ellos. Pero fue hasta que le dedicamos el altar a mis padres en lugar de a los tuyos que sentí su verdadera presencia. Cuando se lo hacíamos a don Juan Refugio y a doña María Candelaria yo ni me acercaba al otro día, para comprobar si habían venido. Con mis padres fue diferente. La cara que puse cuando vi los restos de la ofrenda tú la debes recordar mejor que nadie. Desde ese día me empecé a meter

—Sí, viejo, al rato me asomo. Gracias por traerme mi abanico como todos los días.

más en la tradición, y nuestros padres compartieron altar. Qué mal que ya no lo hagamos. ¿Tú crees que los hijos lo sigan haciendo en sus casas? Yo digo que Candelaria sí.

—Sabrá Dios, vieja. Acuérdate que ahora está casada y no es ella la que toma las decisiones en su hogar, sino su esposo. Él pone el pan en la mesa y Candelaria debe obedecer. Pero meramente es una suposición. Le deberías de preguntar ahora que les hables por teléfono para decirles que ya te vas a morir.

—No les voy a avisar, viejo— dijo Jovita.

—¿Y eso como por qué, vieja?

Ellos están mejor así como están ahora. Sería ponerles un peso más sobre sus vidas. Mejor que se quede entre nosotros, ya después se enteraran.

Allá por el puente venía caminando don Néstor, empujando su carrito de helados. —De cacahuate y limón la nieve—, gritaba. Cuando llegó frente a la casa de Refugio y Jovita, se detuvo.

Buenas, doña Jovita y don Refugio. Traigo de cacahuate y limón la nieve.

—¿En cuánto las tiene?— le preguntó Refugio.

—Tengo de cinco, de diez y de quince.

—Denos dos de cacahuate, de las de diez.

—Mañana me voy a morir, don Néstor, ¿cómo ve?— le dijo Jovita.

—Pues ta' bien. Ya pa' que descansen esos huesos.

—Sí, ya viene siendo hora.

—Ya quisiera yo.

—¿Cuánto le falta a usted? — le preguntó Refugio.

—Nombre, todavía le cuelga como dos años, y eso que ya voy para los ochenta.

—Está bien, para que le sigas trabajando— dijo Jovita.

Llegó la noche y los grillos se pusieron a cantar una marcha fúnebre. Los lograban escuchar porque por fin había disminuido la cantidad de autos que pasaban enfrente de la casa de Refugio y Jovita. Ellos seguían ahí sentados, tomando el fresco de la noche. Ahí habían merendado.

—Se tiene que pintar la fachada— dijo Refugio—. Mira como ya se está desmigajando.

Entraron en su casa y se fueron a su habitación. Se pusieron la ropa que usaban para dormir cuando el clima se enfriaba. Hicieron juntos una oración y se dieron un beso de buenas noches más largo que de costumbre.

Al otro día se levantaron y se cambiaron de ropa. Fueron a sentarse al pie de la puerta como todos los días.

Pasó mucho tiempo.

En ese momento ya no lo sabían contar, porque para ellos toda fracción de tiempo ya carecía de sentido. Ya lo sentían como una eternidad. Así se quedaron platicando, viendo los carros, el arroyo y a la gente que pasaba. Vieron que sus vecinos los traspasaban y entraban a su casa llamándolos y luego llamaban por teléfono a quien sabe quién. Después alguien llegó y recogió sus cuerpos que se habían quedado en la cama de su cuarto. Los encontraron agarrados de la mano con tal fuerza, que les costó trabajo destrabar los dedos. Desde donde estaban sentados vieron cómo se los llevaban en bolsas negras.

—Viejo, ahí íbamos los dos ¿Te diste cuenta?

—Sí, vieja, yo también me morí.

—Pero ¿por qué? Si el cielo decía que te faltaban años.

—Porque así lo quise yo. ¿No recuerdas lo que te dije el día que nos casamos, después de que el fulano ese dijo: “Hasta que la muerte los separe”?

—Sí. Qué si yo moría tu morirías inmediatamente. Que no querías estar sin mí en esta vida un segundo más, ni un segundo menos.

—Qué bien que ahora te acuerdes, vieja. No como ayer que te dije que te ibas a morir, te hiciste la que te ibas sola. Si serás gacha conmigo.

—Viejo, ahí íbamos los dos ¿Te diste cuenta?